

AGUA, VIENTO, FUEGO Y TIERRA EN EL ROMANCERO ESPAÑOL

POR

CLEMENTINA DIAZ Y DE OVANDO

LOS sistemas religiosos, llevados de su afán de explicarse lo incognoscible, así como las especulaciones filosóficas, se adentraron desde antaño en el estudio del complejo origen vital.

A los cuatro elementos los filósofos griegos atribuyeron la creación de la vida y discutieron arduamente sobre la primacía potencialmente creadora de cada uno de ellos; opiniones que, concretadas por Aristóteles, influenciaron todo el pensamiento religioso y filosófico-científico del hombre medieval.

San Basilio considera a la tierra como la promotora primaria de la vida y San Agustín aduna a sus ingentes preocupaciones teológicas, la preocupación por el tan debatido problema siguiendo asimismo la doctrina aristotélica.

¿Es en este sentido escolástico como se proyectan los cuatro elementos en el Romancero?

Poesía impregnada aún de Edad Media; pero surgida de la brega cotidiana con la morisma, el concepto aristotélico pasa inadvertido, y no porque el romance eluda los asuntos filosóficos, sino por serle más preciso narrar los acontecimientos heroicos, acordes a su esencia noticiera.

Alguna vez, sí, la tierra, como germen vital y también como término aparece en sus temas: tal aquel romance artístico *El Cautivo*:

Tomando un puño de tierra
lo besó y mojó con agua,
diciendo: Fin y principio
de la compostura humana
de ti nacen mil deseos
y en ti finalmente paran . . .

De igual manera pasa inadvertida la función biológica de los elementos; únicamente el agua es reconocida por el romance como necesaria a la vida. En el *Cerco de Zamora*, una vez consumada la traición de Vellido Delfos, Diego Ordóñez en su desmedida cólera reta no sólo a los zamoranos:

al traidor Arias Gonzalo
y a todos los zamoranos
pues en ella se han hallado,

sino también a las dos fuentes nutricias del pueblo:

y a los panes y a las aguas. . .

Y la condesa, esposa del conde don Grimaltos al llegar a una fuente:

Dió gracias a Dios del cielo
que la trujo en tal lugar,
diciendo: ¡Buen agua es esta
para quien tuviese pan!

Cuando las hijas del Cid Campeador, vejadas y abandonadas por los perdidos Infantes de Carrión, encuentran a un pastor a quien demandan socorro, deséanle que el agua nunca falte a su ganado:

Por Dios te rogamos, home,
que nos hayas compasión,
así tus ganados vayan
siempre de bien en mejor:
nunca les falten las aguas
en el estío y calor. . .

Delgadina, condenada a morir de sed por su padre:

que se muera de sed de agua. . .

comprende que es la falta de ella causa de su muerte:

que de sed y no de hambre
al Dios vo a dar el alma. . .

De los diversos pueblos invasores de la Península y que en la mente llevaban sus interpretaciones míticas sobre los cuatro elementos, el Romancero alude las concepciones hebraicas y musulimes.

El romance, no soslaya la adoración del agua y del fuego en las culturas clásicas; sólo un frío romance erudito describe la raíz telúrica al estilo renacentista:

Dando la preñada tierra
muestras del bien que abscondía
y ofrece abundante fruto
y primavera cumplida. . .

La mitología gotónica, que concibe a Nertus, la tierra, como signo de fertilidad, y al agua, al viento y al fuego como los destructores elementos que secundarán a los hijos de Muspell para destruir a los Ases y a la vida cuando la profecía de Völuspa se cumpla, tampoco interesan al romance; algunos presagios —el águila que arroja fuego de los romances carolingios—, acusan un dejo germánico. Lo clásico y lo visigótico son ya distantes a la creación del romance, no así lo arábigo y lo hebraico, pueblos ambos con los que el español convive.

La tierra, material con que se plasma al hombre en la religión hebrea, ocurre en el romance:

Vuélvete para tu casa,
villano y de mala tierra. . .

dice a don Juan la calavera.

La designación sacra del agua que aparece ya en los principios de la lírica en el *Debate del agua y del vino* (siglo XIII) y en el cual el agua aduce como razón incontestable ser ella quien cristianiza, no existe en el romance. En cambio, el agua del Jordán, río bíblico, tiene poder milagroso en el romance titulado *El Baño en el Jordán*:

A vuelta de su cabeza
caído lo vido estar,
allá se le fué a caer
dentro del río Jordán:
como fué dentro caído
sano le vió levantar.

En cuanto al fuego expiatorio de que habla la religión católica, el romance no lo menciona como tal; si eventualmente lo inserta, es para relacionarlo con el dolor de una candente protesta:

Cuando parta iré derecho
a la celestial morada,
pues me ha sido purgatorio
el fuego de tus palabras. . .

o con la ansiedad de amor:

arrojando unos suspiros
del infierno de sus ansias
que mis sospechas encienden
y mis contentos abrazan. . .

La pasión árabe por el agua, que esparce frescura en el Alhambra y que avalora la belleza del Darro y del Genil, se trasluce en los romances fronterizos "hechos por cristianos al modo árabe" y en los moriscos. El mayor elogio que recibe la ciudad agarena es:

Alora, la bien cercada
tú que estás en par del río. . .

Y el no ver al Genil, es el castigo que por su crueldad desea el amor a su dama:

¡Y cuando dejes las aguas
de Genil fértil y claro,
y vayas a las riberas
del turbio y corriente Tajo
donde no hay Abencerrajes. . .

"Moro viejo" al predecir la victoria del Cid sobre Valencia, anuncia la mayor desgracia:

tu río tan caudaloso
tu río Guadalquivir,
con las otras aguas tuyas

de madre sañido han:
tus arroyos, cristalinos
turbios ya siempre vendrán,
tus fuentes y manantiales
todos secado se han:
.....
los montes, campos y tierras
que tú solías mandar
el humo de los sus fuegos
tus ojos cegado han...

Mientras Fernando el Católico, amaga con sus huestes a Granada, el rey Chico goza del agua y del viento:

estando en Generalife
una muy fresca mañana
gozando del fresco viento
y viendo correr el agua...

El Romancero, a pesar de su reseña incidental de los elementos en su aspecto filosófico, biológico y religioso, dirige principalmente sus apreciaciones hacia dos rumbos bien definidos: uno subjetivo —exposición de los elementos en el sentimiento—; otro objetivo —la guerra— en el cual, éstos actúan como factores decisivos en el desenvolvimiento histórico español.

Procuraremos analizar estos dos aspectos: primero el sentimental; después el histórico.

I

EL AMOR, EL PAISAJE Y LOS ELEMENTOS

Si aquellos sabios y profundos filósofos de la Antigüedad y de la Edad Media, no lograron determinar al elemento preponderante en el origen de la vida, el juglar lo logra cuando declara al fuego emblema del sentimiento amoroso, sin preocuparse, desde luego, de su esencia y propiedades que harán pensar a Descartes “¿el fuego que arde en nuestros corazones es de la misma naturaleza que el que quema los cuerpos inanimados?”, cuestión que nunca se plantea el poeta romancista ni tampoco otros autores. Fernando de Rojas, maestro en el arte amatorio, considera también al fuego consubstancial al amor, y parangona no su naturaleza, sino su in-

tensidad, con el que consume a las ciudades. En la *Tragicomedia de Calisto y Melíbea*; Calisto, después de haber escuchado la canción, según él más triste: el romance *Mira Nero de Tarpeya — a Roma como se ardía...*, afirma que su fuego es aún más intenso; afirmación que provoca el asombro de su criado Sempronio, que le pide elucide ese misterio:

“*Sempronio.*—Digo que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un vivo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

“*Calisto.*—¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en un día pasa, y mayor la que mata un ánima, que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego, que dices, al que me quema. Por cierto, si el del purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los brutos, que por medio de aquél ir a la gloria de santos.”

El fuego que emerge del tremedal de la pasión lo reitera el Romancero.

En los romances del *Conde Claros y Claraniña*, o del mismo conde y Galanzuca, que recuerdan los amores de Emma, la hija de Carlomagno y su paje Eginardo, conde Claros sufre los efectos del fuego e imprecia por ello a Eros y a su madre Venus:

¡Oh maldito seas Cupido!
¡Y Venus otro que tal
porque así me habéis metido
en este fuego infernal! . . .

El fuego anímico que lo consume irradia en su vestuario:

Y unos zapatos franceses
de un carmesí singular,
con unas lenguas de fuego,
relumbran como cristal;
el mote que tiene escrito
es este que oiréis nombrar:
“Aunque arden de continuo
no se acaban de quemar” . . .

y la ausencia para otra amante se convierte en fuego:

porque en apartarse de él
en vivo fuego se abrasa . . .

además no admite tardanza el fuego de amor:

Límpiate la jacerina,
ve presto: no tardes paje,
que para el fuego que tengo
muy pronto será tarde...

y fuego son los desdenes:

Abrasado en viva llama,
bravo, feroz y rebelde,
porque estaba hecha de yelo
la que tanto fuego enciende...

y el fuego del querer no se apaga:

y con esto el Bencerraje
aplacó su ardiente llama;
pero no mitigó el fuego
que su corazón le abrasa...

El agua no es ajena al mal de amor: sale del pecho y se muestra en lágrimas acibares; la índole del llanto como expansión emocional, la explica clara y sentidamente el romance morisco de *Abenámbar*:

no te espantes que mis ojos
ante tí derramen agua,
porque al fin los ojos son
las alquitaras del alma,
por donde el amor destila
los vapores que derrama
la pena en el corazón
con el fuego que le abrasa,
cuyo valor excesivo
hace que del pecho salga
el agua, con que el dolor
del corazón se descarga;
y como a mí me combaten
fuego, amor, temor, mudanza,
celos y sospechas lloro,
porque el corazón descansa...

y llora el desgraciado pastorcillo:

Aquel monte arriba va
un pastorcillo llorando:
de tanto como lloraba
el gabán lleva mojado...

y también el famoso y fiel amador Amadís de Gaula :

En la selva está Amadís
el leal enamorado:
de lágrimas de sus ojos
el campo tiene regado,
por una carta sañosa
que Oriana le ha enviado. . .

En el romance de *Don Tristán y la reina Iseo*, el agua es milagrera y culpable de un desliz amoroso :

Tanto están de boca en boca
como una misa rezada:
llora el uno, llora el otro,
toda la cama se bafia:
el agua que de ella sale
una azucena regaba;
toda mujer que la bebe
luego se siente preñada.
Así hice yo, mezquina
por la mi ventura mala. . .

La inestabilidad espiritual de la amada es comparable al viento :

¡Oh más mudable que el viento! . . .

y mensajero, es también, de la dolencia amorosa :

y deja que el viento lleve
sus quejas y sus palabras. . .

Sin duda, el más desdichado entre los amadores romancescos, fué el Rey don Rodrigo, ya que por su desastrada perturbación perdió el reino. El Rey, en la descripción de su penar, evoca a los efectos naturales en el bello y exquisito romance *Rodrigo y la Cava*:

De cuatro elementos
los tres combaten conmigo:
el fuego está en mi pecho,
el aire está en mis suspiros,
toda el agua está en mis ojos,
autores de mi castigo,
quedándome sólo el cuarto,
que es en tierra convertido,
pues una dichosa muerte
vence todos enemigos. . .

Igualmente en el fondo sensorial de los amantes que escarnecen al Veinticuatro de Córdoba, batallan los elementos:

De todos cuatro elementos
son con fuerza combatidos.
De una parte el agua y viento
dan lágrimas y suspiros
por otra la tierra triste,
que los tiene divididos,
y el fuego que por encima
de sus almas se ha encendido,...

Recordemos aquí la rima del gran poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer:

Los suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Dime mujer: cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú a dónde va?

Y citemos asimismo el soneto *Anhelos*, de don Francisco Rodríguez Marín, en el que aún persisten los elementos en lo sentimental.

El agua y el fuego intrínsecos al amor, se tornan en determinadas ocasiones en su castigo:

Mandóla prender su padre,
y meter en oscuridad
el agua hasta la cinta...

El fuego amatorio de Conde Claros, es sanción de Galanzuca, su amada:

Tate, tate, dijo, fraile,
que a mí nunca llegarás
que nunca llegó a mí hombre
que fuese vivo en carne
sino aquel don Claros,
don Claros de Montalván,
que por mis grandes pecados
por él me quieren quemar...

Don Claros no se condeule de ella:

Tanto me da que la queme
nín la dejen de quemar;
que mujeres en el mundo

para tal me han de faltar.
Si no lo tienen de guapas,
lo tendrán de habilidad.

y al oír las palabras del conde, el rey manda preparar la hoguera :

Siete criados, tenía,
leña les mandó apañar
para quemar Galanzuca
hija del rey tan galán. . .

El romance, complaciente siempre con los desvios amorosos, no permite semejante pena por tan fútil motivo :

que los yerros por amores
dignos son de perdonar. . .

y conde Claros acude por fin a salvarla :

Ahora con esa leña
con ella quemar un can.
En quemando bien los huesos,
al rey idlos presentar;
que Galanzuca es mi esposa
y yo la voy a llevar.
—Llévela el don Claros, lleve,
Dios se la deje lograr;
mas quiero que se la lleve
que non veía aquí quemar.

La infanta doña Urraca también merece ser quemada, pues en su despecho por no haber obtenido herencia, pretende amores ilícitos con moros y cristianos, tal dice en el romance: *Quejas de doña Urraca*, su padre el rey Fernando :

Calledes, hija, calledes,
no digades tal palabra,
que mujer que tal decía
merecía ser quemada. . .

El agua y el fuego son análogo cilicio de adúlteras; el romance recoge la costumbre de quemarlas vivas o arrojarlas al mar :*

* Costumbre variable según los países y los tiempos. En Francia, encerradas en una jaula eran arrojadas al agua, en Inglaterra se les introducía en la jaula junto con un gato, y en Alemania en la regocijada comedia *El hierro caliente* de Hans Sachs tenían que tocar este candente hierro que no les producía quemadura alguna, si se encontraban libres de culpa. En la Catedral de Caeiro existe el relieve en la sillería del suplicio de unas adúlteras, como patente recuerdo del castigo.

que mujer que dos pañes
en un parto y en un día,
que la den por aleyosa,
y la quemén por justicia,
o la echen a la mar
porque adulterada había...

La emperatriz de Alemania acusada por los palaciegos:

que nosotros hemos visto
a la emperatriz un día
holgar con su camarero,
no mirando que hacía
traición a ti gran señor,
y a su gran genealogía.

es condenada al fuego:

que el emperador tenía
para dar la gran sentencia
de quemar la emperatriz...

Los elementos, que han sido en los romances valores emotivos o sanciones para el impetuoso querer ¿no participan en el paisaje de las escenas amorosas que nos refiere el Romancero?

El primitivo romance raras veces desvía su actitud precisa del tema amoroso o heroico, para fijarse en los detalles accesorios de la acción; alguna que otra vez, el paisaje se vislumbra en ellos, intensificándose al parecer en los moriscos:

Al tiempo que el sol esconde
debajo del mar su lumbré
y de rojos arreboles
colora el aire y las nubes...

No obstante, la presencia del paisaje en las obras anteriores, la visión del paisaje empieza a seducir y a agudizarse con el advenimiento del Romanticismo. Azorín, en su estudio *El paisaje de España visto por los españoles*, afirma lo anterior y concluye: que el gusto consciente de la Naturaleza dimana de lo romántico, juicio que, desde luego, podemos proyectar en el romance.

Con la tendencia romántica, los elementos son decoración imprescindible del paisaje escenográfico, adecuado a la personalidad del autor o del protagonista, confundándose con su ánimo, ya alegre, ya sombrío. Es en los romances del prerromántico Juan Meléndez Valdés, donde además

de advertirse ya una sugerente sensación de paisaje, los elementos interviene en función del desarrollo dramático, para adquirir plenitud definitiva en los romances del duque de Rivas.

Sin embargo, esto no es novedoso. Ya los romances *Aviso de la fortuna y derrota de Don Rodrigo* (el más viejo de los romances tradicionales del ciclo de este rey, compuestos de 1450 a 1510, según don Ramón Menéndez Pidal), y el romance *Del Rey don Juan que perdió a Navarra*, lo denuncian:

Los aires andan contrarios,
el sol eclipse hacía,
la luna perdió su lumbré,
el norte no parecía,
cuando el triste rey don Juan
en la su cama yacía
cercado de pensamientos,
que valer no se podía. . .

En estos dos romances los elementos son también causales y compañeros de desgracias, anticipándose de este modo a los recursos dramáticos del Romanticismo; y nos demuestran su esencia notoriamente romántica y su influencia en el espíritu de este movimiento.

Para Meléndez Valdés el fuego es pretexto para primorosa comparación con el sol:

Símil a un globo de fuego
que en vivas centellas arde. . .

el agua alegre el paisaje campestre y es elemento fecundante:

Bien vengáis, alegres aguas,
fausto alivio del tobarde
labrador, que ya temía
malogrados sus afanes.

Las que al río undosás corren,
agitando sus cristales
en sueltos círculos, turban
de los árboles la imagen. . .

Y en el romance de *Doña Elvira*, el viento furioso es considerado por la dama como agorero complemento de su angustia:

En guerra horrible combaten
embravecidos los vientos.

llenando su agudo silbo
de pavor mi helado seno...

En el romance *El Sombrero* del duque de Rivas, es ostensible la relación del escenario y los elementos; el viento y el agua van cambiando gradualmente su efecto teatral hasta llegar al clímax trágico. Rosalía la protagonista, espera por la tarde a orillas del mar a su amado, que vendrá en su busca:

Estando el viento adormido,
la mar blanquecina en calma,
y sin turbar el silencio
de las voladoras auras.

la noche la sorprende en vigilante espera:

Entró la noche y con ella
despertándose fué el viento
y el mar empezó a moverse
con un mugidor estruendo.

y en el momento culminante el agua en grandes olas:

Se combaten, crecen, corren
para tragarse la tierra,
ya los abismos descubren,
ya las nubes se revientan.

Una salobre montaña,
que la playa arriba entra,
y rápida retrocede,
no dejando nada de ella...

Después del Romanticismo, el romance vuelve hacia otra renovación con Federico García Lorca. El poeta granadino reviste a su romance del rico atuendo metafórico; y el agua, el viento, el fuego y la tierra transmutan su función vital, heroica y ornamental en plástica función de belleza. El aire es el solícito guardián de la luna:

El aire, la vela vela
el aire la está velando...

áurea es el agua:

cortó limones redondos,
y los fué tirando al agua
hasta que la puso de oro...

y el viento roba el verde color a los gitanos:

Verde que te quiero verde
verde viento verdes ramas...

e "invisible enamorado" —como lo llamara Díaz Plaja—, persigue por el sendero a Preciosa:

Al verla se ha levantado
el viento que nunca duerme

¡Preciosa, corre, Preciosa!
que te coge el viento verde!
¡Preciosa, corre, Preciosa!
¡Míralo por dónde viene!
¡Sátiro de estrellas bajas
con sus lenguas relucientes...

Son también el aire y el agua blasones de Granada:

por el agua de Granada
sólo reman los suspiros...

ciudad de pena y de llanto "que se hace presente por el agua y queda melancólicamente suspendida entre el cielo y la tierra".

II

PRESENCIA DE LOS ELEMENTOS EN LO HISTORICO

Pueblo, el español, permanentemente invadido. En los romances —interpretación de los hechos heroicos—, lejanos unos, actuales otros, siempre presentes, los cuatro cósmicos elementos deben representarse en íntima relación con los sucesos históricos, ayudando a los aborígenes a vencer al invasor, o conjurándose en su contra en las horas angustiosas de la lucha.

El viejo romance, el nuevo romance, el romance popular y el romance erudito, atribuyen a los elementos victorias y derrotas.

La tierra, en estos romances, no es elemento fecundo, es la extensión que se puede recorrer:

Irvos heis de tierra en tierra...

es el suelo:

hinquedes la lanza en tierra...

pero fundamentalmente, es el bien comunal que ha sido arrebatado:

por culpa del pecado
que cometió el rey Rodrigo,
el rey malaventurado.
cuando perdieron los godos
la tierra que habían ganado...

tierra perdida que es inaplazable reconquistar:

que nos libere las tierras
y que nos torne la paz...

Es moneda con la cual el Cid adquiere implementos bélicos; empeñando cofres llenos de arena a los judíos don Raquel y don Vidas;

que aunque cuidan que es arena,
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad...

Es la disputa por la tierra, origen de la epopeya, del romance, del entusiasmo a los héroes, y permite la creación de las instituciones democráticas de Castilla, por las que puede, un simple infanzón, increpar al rey:

"te ha ganado el Cid más tierras
"que te dejó el rey Fernando..."

El fuego prevalece sobre el agua, el viento y la tierra como símbolo guerrero:

Al arma, al arma, sonaban,
los pífanos y tambores:
"Guerra, fuego, sangre" dicen
sus espantosos clamores...

Ya los iberos, en su tenaz resistencia a las legiones romanas son ayudados por el fuego; incendiada Numancia por Cipión, todos sucumben y al general no le es dable jactarse del triunfo:

Ponen fuego a la ciudad,
ardiendo de cabo a cabo,

Veinte días duró el fuego,
que dentro ninguno ha entrado.
Ya que entrar dentro pudieron,
cosa viva no han hallado...

Fuego, agua salobre y viento marino, combinados armoniosamente derrotan al último rey visigodo, que no ha tenido la precaución de echar un cerrojo más, a la malhadada Casa de Hércules. El fuego es, el primero de los siniestros presagios:

Rey has sido por tu mal:
que el rey que esta casa abriere
a España tiene quemar.

Vino un águila del cielo
la casa fuera a quemar...

La Cava Florinda, lamentándose de su fatal belleza, al ígneo elemento la equipara:

tú eres perdición de España
fuego que todo lo apura...

Y el aire, pasivo en los suspiros del enamorado rey, al iniciar su terrible movimiento, es prenuncio desdichado:

Los vientos eran contrarios,
la luna estaba crecida,
los peces daban gemidos
por el mal tiempo que hacía,
cuando el rey don Rodrigo
junto a la Cava dormía...

El agua huidiza de los ríos y el agua animada de los mares, desempeñan papel importante en la Historia, al decir del romance. En los viejos ríos hispanos, la vida se enriquece continuamente en emociones heroicas y el trovero romancista los considera centros vitales en las gestas.

De las aguas del Duero, espejos de imágenes bélicas, desde el tiempo de Fernando I, Antonio Machado se pregunta si su influencia abarca a todo el Romancero:

¿Y el viejo romancero
fué el sueño de un juglar junto a tu orilla?

El Tajo "hondo y amarillento" discurre con rumores épicos, sus aguas tiemplan los aceros necesarios a la defensa; y no permanece indolente a los acontecimientos trascendentes; cuando Vamba entra a Toledo para coronarse rey, el romance cuenta cómo el pueblo vitorea al elegido y lo que el río opina:

Y el Tajo les responde manso y ledo
unas veces España y otras Toledo...

El río Guadalete atestigua el éxito de los sarracenos sobre el ardoroso rey:

Junto al río Guadalete,
que a Jerez era cercano,
aqueste rey don Rodrigo
vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif
por el su triste pecado...

En el río de Carrión, Castilla empieza a surgir y a definirse como la directriz de la Reconquista, imponiéndose a los restantes reinos cristianos; el rey de León, al querellarse con Fernán González y recibir el acuoso insulto, pierde la supremacía del condado:

El conde con lozanía
su caballo arremetió
con el agua y el arena
al buen rey ensalpicó.

Y, durante el quehacer libertario que canta la epopeya, el héroe nace y crece junto al río Ubierna, y al abandonar Burgos, el río Arlanzón es límite de su amargura y Rubicón de su triunfo. Y acaso el buen Cid, cansado de la aridez de la meseta:

Contra la mar salada-conpeço de guerrear...

Es la contemplación del agua, la que hace grata a él y a su compañía la conquista valenciana, y allegados al mar, sus ojos de llana visión quedaron empapados de llanuras más ilimites aún, y tal vez desde entonces, en la mente castellana quedó latente la dominación de las aguas oceánicas:

El arzobispo don Bernardo y la reina Constanza, enardecidos por las victorias cidianas, ganan a la morisma el río Tajo:

y ganó toda la Alcarria
de la otra parte del río
que agora Tajo se llama...

Y en el ritmo heroico de la Reconquista al mando de Castilla:

Otros reyes sucedieron
que lo perdido ganaran.

hasta el Quioto Fernando
que el católico llamamos,
que con su esfuerzo ganó
el buen reino de Granada...

En el Río Verde, los cristianos antes de la consumación total de la victoria sufren un revés:

¡Río-Verde, Río-Verde,
más negro vas que la tinta!
Entre ti y sierra Bermeja
murió gran caballería...

Para el agareno, ha llegado el momento en que fuego, agua y viento se pongan en su contra, y el fuego es invocado para que destruya la ciudad, antes que las huestes católicas penetren:

¡Oh Valencia, oh Valencia!
¡de mal fuego seas quemada!
Primero fuiste de moros
que de cristianos ganada...

El musulmítico deseo se cumple en Granada:

Muy revuelta está Granada
en armas y fuego ardiendo...

Y por el agua de un río, el postrer rey de los moros huye:

Por ese Genil abajo
el rey Chico se salía,
pasó por medio del agua,
lo que hacer no solía...

Por el agua llegaron, por el agua partieron; el Mar de España, ha dicho Ricardo Rojas, es puerta de invasiones — y de evasiones, podemos agregar. El deseo de evadirse por el agua, lo piensa llevar a cabo Alfonso X, el Rey Sabio; que por la mar quiere deambular en busca de aventuras, como consuelo a la tristeza que la rebelión de su hijo Sancho el Bravo le dejara:

haré una galera negra,
que denote mi pesar,
e sin gobierno ninguno
me poné en el alta mar,
navegando de continuo
por las venturas buscar...

Este anhelo de aventuras lo posee Castilla en el siglo xv, que con la sumisión del moro y del cristiano no encuentra cauce a su enorme energía conquistadora; y cuya nostalgia por el agua:

¡Castilla, España de largos ríos
que el mar no ha visto y corre hacia los mares...

que el poeta de hogañó renueva bellamente, la conducen a la dominación de las aguas solitarias e infinitas. La ambición de domeñarlas para llegar a nuevas tierras, está en el ambiente, aun no se ha navegado por la Mar Tenebrosa, aun no se ha descubierto nada, aun no se ha sometido nada, y ya fray Hernando de Talavera, propone a Isabel la Católica, una gramática en lengua romance para sus nuevos súbditos; y también el romance intuye y presente, la inquietud de aventurar y el ansia de arrancar a la Mar Océana sus innúmeros secretos que sólo dirá, a quien por ella se atreva a navegar:

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como la hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!

Marinero que la guía
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar.

Allí habló el infante Arnaldos
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígame ahora ese cantar.
Respondióle el marinero
tal respuesta le fué a dar:
—Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

A Cristóbal Colón, el agua en canto singular, reveló las rutas hacia un Nuevo Mundo de evasión. Y siguiendo al infante Arnaldos, una luminosa mañana de San Juan, el cansino Ponce de León, en busca de las aguas maravillosas que devuelven la perdida juventud, descubrió las feraces tierras de la Florida.

Agua y viento, viento y agua, armónicamente conducen a los bajeles españoles a feliz término en sus arriesgados viajes. Día por día aumentan

los infantes afanosos de aventuras, y es Hernán Cortés, el predestinado a la gloria y vencer a los elementos:

Rompe el mar, vence los vientos;
llegando hasta donde no pudo
con alas llegar la fama...

Durante los azarosos días de lucha por el Imperio Azteca, los indios sometidos al Conquistador, en su expresión estética favorita —la danza— principiaron a manifestar las impresiones de su derrota. En la *Danza de la Malinche* o de *La Conquista de México* que hasta nosotros llega, existen versos de indudable tonalidad romancesca, que aluden al fuerte poder del viento y del fuego en el énfasis heroico:

Moctezuma:

Cuando el tiempo ofrezca
todo el tiempo nos alienta
que cuidado se me da
de que el viento se enfurezca.

Rey 1º

Los vientos enfurecidos
contraminando el valor
son anuncios de este día
en penoso tormento.

Moctezuma:

Quédese luego en el fuego
ese valor que se espera
que el valor de mis vasallos
se ha de sujetar la tierra.

Rey 2º

El fuego que nos anima
y el valor que nos alienta
como se tira al morir
hace que el valor fallezca.

Con la dominación de los caminos en las aguas abismales, y con la conquista de pródigos reinos, la riqueza es patrimonio hispano; pero con ella se tiene:

obligación de guardalla...

y en las aguas verdosas del Atlántico, en las azules del Mediterráneo y en las plúmbreas del Septentrión, se columbran acechanzas de muerte. Las galeras francesas, las inglesas y las holandesas, aguardan a los galeones españoles para despojarlos. Y son las carenas turquesas al mando de Dragut, las que no sólo pretenden el botín sino también la postración de la Cristiandad, y cuando el cristiano cae prisionero del infiel, clama al agua y a la tierra, pidiendo nuevas de su esposa y respuesta a sus preguntas:

Dame, pues, sagrado mar,
a mi demanda respuesta,
si cual dicen es verdad
que las aguas tienen lenguas.
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre manda usar
al forzado de su fuerza...

En las aguas mediterráneas se coaliga la Cristiandad para exterminar al turco, el romance *Describe la batalla naval de Lepanto, ganada por don Juan de Austria a los turcos, de cuya armada sólo se salva el ochali Rey de Argel, con algunas galeras*, nos dice cómo el viento, por intervención divina, se torna favorable a los cristianos:

Descubrieron el armada
que próspero viento traía,
más Dios como es piadoso,
a los suyos nunca olvida:
por su gran misericordia
la mar calma luego hacia.

El fuego iba y venía:
no parece sino infierno
según el estruendo había.
Los unos decían: ¡Austria!
otros decían: ¡Turquía!...

En esta batalla, el fuego, el agua salobre y el viento marino fueron instrumentos dóciles de los hispanos y será la última ocasión que suceda; en las aguas nórdicas el fracaso del Imperio envidiado adviene definitivo.

El rey Felipe II, impulsado por excesivo celo religioso, envía su Armada Invencible contra los heréticos y los "vientos contrarios" y el agua en gigantescos tumbos combatieron furiosamente a la escuadra del rey de España y de Indias, que con razón culpó al agua y al viento del mal éxito en la cruzada.

Con la muerte del rey Felipe a cuyo duelo deben sumarse los elementos:

Todos cuatro elementos
pelean a más porfía:
aire, fuego, tierra y agua
hagan señal de agonía...

y con la derrota de la Invencible, han terminado la era del agua, la era del viento y la era poderosa del poderoso Imperio Español.

Unos años antes del reinado de Felipe II, se alzó terrible el fuego, sus múrices llamas iluminaron el cielo de Europa, y utilizado por los reformadores, redujo a cenizas al sabio Servet, al católico y a las brujas concurridoras sabbatinas del aquelarre; en España, el fuego, instituido como en los demás países desde la Edad Media, fué durante este período dique a la herejía, que casi no existió, puesto que el pueblo todo ebullicia en exaltado odio al infiel; con los Reyes Católicos el fuego quemó judaizantes y con Fray Tomás de Torquemada al intensificarse la persecución de adeptos a la Reforma, el fuego obtiene su máximo poder.

Sin embargo, las grandes fogatas inquisitoriales no resplandecen en el Romancero; éste menciona al fuego como sanción de amor, o como castigo a infausto nuncio:

Mandó sin dilación
el clérigo ses metido
en una grande hoguera
lo ha mandado quemar vivo,
porque el rey siempre creyó
que todo era fingido.

nunca por delitos al dogma. Y es que el romance —metro y contenido popular— seguramente se identificó con las ideas políticas de la Inquisición; de lo contrario, hubiese recogido la tradición algún romance de los cantados a sovoz.

Y el más intenso llameo, que destellará en el romance del siglo XIX, con tema de la época del César, tampoco está ligado a lo religioso, sino a una cuestión de honor; el fuego borra la afrenta que el Duque de Borbón infiere al Conde de Benavente:

"Y en cuanto él deje mi casa,
antes que entrar yo en ella,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas"...

Desde aquella letal conjuración del agua y del viento, han transcurrido tres agónicos siglos para España; durante ellos, el hombre ha realizado su sueño —domeñar a los cuatro ingentes elementos—, tan poderosos que sólo la Verdad al decir del Cid, es capaz de resistir su embate:

Verdad, entre burla y juego,
como es hija de la fe
es peña que al agua y viento
para siempre está en un ser. . .

Cruzan ahora por el aire hispánico, gigantescas águilas que, arrojando fuego remedan a la que incendió la ciudad del conde don Grimaltos en el romance carolingio de *Montesinos*:

que vi un águila volar,
siete halcones tras ella
mal aquejándola van,
y ella por guardarse de ellos
retrújose a mi ciudad;
encima de una alta torre
allí se fuera asentar;
por el pico echaba fuego,
por las alas alquitrán;
el fuego que de ella sale
la ciudad hace quemar. . .

El romance de hoy —ínsito al trance heroico al igual que el arcaico— previene a la ciudad:

Rondan por tu cielo halcones
que precipitarse quieren
sobre tus rojos tejados,
tus calles, tu brava gente. . .

Las desdichas por el aire volverán a llegar:

De presagios funerales
el aire quieto se llena. . .

y entonces el romance anhela dolorosamente:

Aire, aire, aire, aire,
si te pudiera cortar
para que no entrase nadie. . .

En el aire ya no luchan “las espadas de los lirios”:

El aire conmovido
por besos de lumbre y pena
los disparos de fusil
abren azucenas rojas...

El aire está preñado:

El aire de azul caliente
maduro de bayonetas...

El fuego sigue siendo exterminio:

Su fusil entre las manos
era una rosa de fuego
vomitando espanto y muerte
para el enemigo negro...

y arde en el pecho del combatiente:

¡Pronto, a las armas mi sangre,
que ya me rebosa el fuego!

Y al cesar los sufrimientos del soldado que cae, su cuerpo se desintegra en vivificantes elementos:

Vuélvete, duerme tranquilo,
que aunque te vas, en España
quedas hecho tierra y viento
agua y luz viva del alba...

Actuales romances, con ideas de antiguos romances, nos hablan otra vez de las aguas del Tajo, de los “vientos contrarios”, de las aguas del mar, que en la hora suprema aunan sus voces para exaltar el valor del héroe y llorar su muerte:

¡Qué pena lleva el río Tajo,
qué pena lleva hacia el mar!
En el mar los marineros
blancos pañuelos le dan
para que seque sus ojos,
turbios de tanto llorar.
.....
Los vientos son enemigos,

muerte los vientos traerán
pero el teniente Moreno
a luchar con ellos va.

Por el aire, por el aire,
los vientos se han de manchar;
él mismo quebró su vida,
como se quiebra el cristal;
el río lleva la pena,
lleva la pena hacia el mar...

BIBLIOGRAFIA

- AZORIN. *El Paisaje de España visto por los españoles*. Col. Austral. Buenos Aires, 1941.
- DÍAZ-PLAJA, G. *La Poesía lírica española*. Col. Labor. Barcelona, 1937.
- DUQUE DE RIVAS. *Romances*. Col. Austral. Buenos Aires, 1938.
- Floresta de leyendas heroicas españolas*. Clásicos Castellanos. Madrid, 1926.
- GARCÍA LORCA, FEDERICO. *Romancero Gitano*. Edit. Losada. Buenos Aires, 1943.
- MACHADO, ANTONIO. *Poesías completas*. Edit. Losada. Buenos Aires, 1943.
- MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN. *Poesías*. Clásicos Castellanos, Vol. 64. Madrid, 1925.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. *La lengua de Cristóbal Colón*. Col. Austral. Buenos Aires, 1942.
- ROJAS, FERNANDO DE. *La Celestina*. Edit. Sopena. Barcelona.
- ROJAS, RICARDO. *Retablo Español*. Edit. Losada. Buenos Aires, 1938.
- Romancero Español*. Edic. Aguilar. Madrid, 1930.
- Romancero General*. Vol. I y II. Edic. Rivadeneyra. Madrid, 1851.
- Romancero General de la Guerra de España*. Edic. españolas. Madrid-Valencia, 1937.
- Spanish Texts of the three Dance Dramas from Mexican Villages*. Published by University of Arizona. Tucson, Arizona, 1943.